

gre de un inocente, que por vuestras falsas acusaciones caería sobre vuestra cabeza? ¿Qué Dios es el que adorais, cuando profanais ¡blasfemo! su santísimo nombre, jurando en falso, para dar así mas valor á vuestras miserables acusaciones? ¿Y dónde está vuestra conciencia, que os prestais á servir de un instrumento directo á la muerte de un inocente, prestándoos ¡impío! á declarar contra el justo?... No, vuestra iniquidad no tiene excusa; vos sabíais que ibais á acusar á un inocente, para que el tribunal le condenara por vuestra declaracion, y ora os hayais vendido, ora hayais cedido á las criminales sugerencias de otro, yo reclamo contra vos la pena del Talion.

El testigo, mas muerto que vivo, fué sacado del salon, y Onkelos al oír los duros apóstrofes de Nicodemus, pensó tal vez que la rabia le ahogaria allí.

Y el caso apurado para el fariseo era que no podia hablar, porque á ser así, el testigo convicto y confeso hubiera declarado el nombre del que le comprara é instruyera. Y ya sabemos que habria revelado el nombre del fariseo.

¡Terrible situacion! ¡Infierno anticipado para el miserable y orgulloso Onkelos!

## CAPITULO XIV.

### Últimos acusadores.

Los falsos testigos preparados por Onkelos, que aguardaban su turno para entrar á dar su infame declaracion, tuvieron alguna noticia, sin duda, del resultado obtenido por los compañeros que les habian precedido, así es que

dejando el piso principal de la casa, tomaron la buena resolucion de ir á calentarse en compañía de los soldados que estaban en el zaguan, donde encendieran fuego, pues la noche era bastante fría.

Así fue que cuando, por mandato del Nasi, el ugier del tribunal iba para introducir un nuevo testigo acusador, hallóse que la sala donde estos esperaban el turno estaba completamente desocupada, cosa que el indicado ugier participó al tribunal.

Gamaliel dijo entonces al Sanhedrin:

Los testigos acusadores faltan, y los que hasta aquí hemos examinado, han ofrecido acusaciones contraproducentes, pues ellos son los que han resultado criminales por acusar en falso á un israelita de crímenes de los cuales es inocente. En su consecuencia, si no se presentan otros testigos que acrediten la criminalidad de Jesús de Nazareth, el Nasi de Israel, revestido de toda su autoridad, se verá en el caso de dar una patente de inocencia al acusado, y de ponerle desde luego en libertad.

El razonamiento de Gamaliel levantó una formidable tormenta en el salon donde los jueces estaban reunidos.

—Lo que decís es de todo punto imposible que se haga, porque el Nazareno es un criminal que merece cien veces la muerte:—gritó Anás con desesperacion, y con un empuje rabioso, cual si pretendiera arrojarle sobre Gamaliel para despedazarle.

—¿Pues qué se debe hacer?—preguntó el Nasi con calma.—¿Acaso todos vosotros no habeis visto probada la inocencia de Jesús de Nazareth, acerca de todos los extremos de las acusaciones presentadas? ¿Tendríais valor de condenar á muerte á un inocente, contra quien no ha podido probarse criminalidad alguna?

—El Nazareno no es inocente. Porque algunos falsos testigos hayan depuesto contra él, esto no significa ni acredita su inocencia: léjos de ello, es probable que los hayan comprado los partidarios *de ese hombre*, para que hallando el tribunal falsas las deposiciones, sentencie á favor del criminal.

—Pero, Anás; ¿cómo queréis sin pruebas condenar á á muerte á un israelita?—esclamó Gamaliel.

—Las pruebas de la criminalidad del reo existen, y es fuerza que salgan. Yo no pretendo que se condene á un inocente, pero si que intento arrancar la máscara hipócrita, con que ese miserable Nazareno ha ocultado su rostro repulsivo por tanto tiempo. Es necesario que aparezca su fealdad con toda su horrible desnudez; es necesario que á la faz del cielo y de la tierra se desenmascare á un hombre que solo intenta arrojar á Dios del cielo, y borrar de la tierra la raza de los hombres.

—Si vos sabeis que tales son los propósitos del acusado, ¿por qué, Anás, no llevais las pruebas al tribunal, para que el Sanhedrin las examine? Si esas pruebas no aparecen, será necesario poner en libertad á Jesús de Nazareth.

—Aparecerán. Tened la bondad de suspender por unos momentos la sesion, porque no es posible que deje de haber dos buenos israelitas, que quieran deponer ante el Sanhedrin el crimen de que *ese miserable* es reo.

Y diciendo esto, el malvado Anás señalaba al divino Salvador, que sin desplegar los labios, sin mover los ojos del suelo, sufría las detestables injurias del viejo sacerdote con divina resignacion, con indecible paciencia.

Nicodemus y José de Arimatea, viendo el resultado obtenido hasta allí, y presenciando el desorden y desacuerdo que reinaba entre los enemigos de Cristo, no menos que la

violencia de las bastardas pasiones que les devoraban á todos, empezaron á concebir una esperanza de salvacion.

Gamaliel, accediendo á las instancias de Anás, suspendió la sesion por algunos momentos, y los sacerdotes y gran parte de los jueces, abandonaron aquella estancia para trasladarse á otra, á fin de deliberar en ella acerca de lo que debia hacerse en caso tan árduo y apurado.

— ¡Ah! ¡bien, bien! noble defensor de Cristo, esclamó entonces José de Arimatea, corriendo á abrazar á Nicodemus.

Este, sin cuidarse de lo que su leal y anciano amigo le decia, ni de las demostraciones de cariño que le daba, exhaló un grito desgarrador, grito de infinito espanto y de indignacion imponderable.

Y de un salto se puso en medio de la sala, donde se hallaba Jesucristo, y á la vez la causa del horror que experimentaba.

Esta causa era un hombre convertido en fiera, era un juez de Israel, que desfogaba su rabia y mal humor en el Ser mas inocente que haya nunca podido existir; era Onkelos que se cebaba como una hiena rabiosa en Jesucristo.

Y le daba tremendos y furiosos puntapiés en el delicado vientre y en el divino pecho; y le daba puñetazos en el rostro, y se complacia en mesar los sacratísimos cabellos, agitándole la ensangrentada cabeza con una furia infernal. Todo el despecho, toda la rabia, todo el odio, todas las pasiones, en fin, que bullian en el corazon abrasado de Onkelos, eran en aquel momento desfogadas con satánico frenesí, sobre la inocente humanidad de Jesucristo. Parecia que el malvado fariseo no tenia bastante tiempo para descargar sobre el Salvador, la incalculable multitud de sus abominables iras.

Jesucristo gemía de una manera tan compasiva, que desahacía el corazón en lágrimas. Onkelos acompañaba sus infames acciones con palabras sueltas, aisladas, sin articulación á veces.

Cuando Nicodemus se puso de un salto en medio de la sala, el Señor chorreaba sangre por todas las partes de su rostro, y le tenía tan amoratado, tan lleno de heridas, llagas y cardenales, tan horriblemente hinchado, que apenas podían abrirse paso sus miradas por entre dos círculos de sanguinolenta carne, que parecían querer devorar sus divinos ojos.

— ¡Miserable! — dijo Nicodemus arrojándose sobre el malvado Onkelos.

Y cayó con tanta furia, con tanta fuerza sobre el fariseo, que le arrojó á uno de los extremos del salón.

Y cubriendo el cuerpo divino de Jesús con su generoso cuerpo, dijo al frenético y malvado discípulo de Hillel:

— ¿No has hecho bastante, indigno israelita, comprando los falsos testigos, que te atreves aun á atropellar de una manera tan indigna á tu inocente víctima?

Onkelos puso en Nicodemus una mirada de infinita rabia, crispó nerviosamente sus manos, y con voz ronca, estentórea y amenazadora, guturó en tres tiempos esta frase:

— Nicodemus, yo buscaré con mis uñas tu corazón dentro de tus entrañas, para estrujarlo entre mis manos como si fuera una uva.

— ¿Qué importa? Pero tú no volverás á tocar ahora á tu inocente víctima, sin que antes hayas pasado por encima de mi cadáver.

Nicodemus dijo esto tan resueltamente, y Onkelos se hallaba en un período de tan grande excitación nerviosa, que ébrio de furor y tambalareándose salió del salón repitiendo:

— ¡Yo desgarraré tu corazón con mis propias uñas, y beberé la sangre que brote de las heridas que le haga!...

Cuando el fariseo estuvo fuera, Nicodemus cogió blandamente entre sus manos la ensangrentada cabeza del Redentor, y puso en ella un beso y algunas lágrimas.

Jesucristo con voz muy débil y parecida á un quejido de niño moribundo, mirando al noble sacerdote, triste y agradecidamente le dijo:

— Generoso Nicodemus; el hijo de María te da las gracias por todo. ¡Oh! yo te doy palabra de premiar largamente en el cielo esa nobleza de tu corazón, que te obliga á defenderme tan resueltamente... Gracias, Nicodemus, gracias; si pudiera te daría un abrazo, pero no puedo; recibe sin embargo el que mi alma da á la tuya, como prenda de mi gratitud.

— ¡Oh! ¡cuánto padeceis, Señor! — exclamó Nicodemus.

— No tanto, amigo mío, no tanto, como mi corazón desea padecer, para daros la gloria del cielo á los mortales.

Nicodemus puso otro beso en la ensangrentada cabeza de Jesús, y entonces acercándose lloroso y temblando José de Arimatea, le dijo:

— Dadme valor, Cristo mío; dadme valor.

— José, tú lo tendrás cuando llegue la hora, — contestóle blanda y amorosamente el divino Cristo.

Mientras tanto que esto pasaba en el salón donde se había reunido el Sanhedrin, y mientras que los jueces de Israel que quedaran en la sala contemplaban admirados la escena que acababa de representarse entre Cristo, Nicodemus y Onkelos, sin que ni uno de los espectadores se atreviera á intervenir en ella, en el aposento de la casa donde Anás, su yerno y todos sus más adictos partidarios se congregaran, agitábase con grandísimo calor la cuestión de la

muerte de Jesucristo, para lograr la cual necesitaban testigos acusadores, muy difíciles de hallar, toda vez que estaban amaestrados por el mal éxito obtenido por los que Onkelos comprara é instruyera.

Y como pensamos que no ha de pesarles á nuestros lectores saber lo que aquellos infames decían y hacían, nos trasladaremos al aposento donde congregado se halla el infernal aquelarre, para enterarnos de sus propósitos, de sus planes, y de los esfuerzos que hacían, para llevar á remolque la satánica idea que les inspiraba.

Anás decía :

— Es preciso tomar una decision suprema; es necesario escoger asuntos en los cuales no sea fácil que resuenen para nada ni el nombre de Pilatos, ni los intereses de Roma.

— Pero para ello los crímenes no pueden ser políticos, y esto ya es una grande contrariedad, — observó Juan el secretario del tribunal.

— ¿Y por qué? — preguntó Anás.

— Porque á Pilatos le importan poco los crímenes religiosos de los hebreos, y á buen seguro que la acusacion de blasfemo que presentemos, por ejemplo, contra Jesús, no ha de poner al Pretor en el caso de condenarle á muerte.

— Os equivocais, amigo mio; Pilatos, cuando menos en la apariencia, respeta todas aquellas leyes de Israel que no se oponen á la dominacion romana, y de consiguiente debe juzgar y condenar al Nazareno por crímenes contra la religion, imponiéndole la pena que nuestras leyes establecen.

— Ojalá sea así, — repuso Juan con desconfianza.

— No dudo que lo será, y en todo caso, mil medios tenemos para obligar al Pretor á que nos satisfaga. Por de pronto lo que interesa es que la causà contra el Nazareno se siga y termine en esta misma noche, para que á la ma-

ñana podamos llevarla al pretorio, para que sea sancionada y ejecutada por el gobernador.

— Esto es, dijo Caifás interviniendo; — lo que interesa es poner al Nazareno en poder de Pilatos. Cuando esto hayamos hecho, entonces ya arbitraremos medios para forzar al Pretor á condenarle, si es que se resiste á hacerlo.

— ¡Ojalá sea así! — repitió por lo bajo su secretario Juan, que desconfiaba bastante de la influencia que podían tener los crímenes religiosos de los hebreos en el ánimo de Pilatos.

— Por de pronto, — dijo Eleazar bajando la voz y frotándose con gozo las manos; — por de pronto ese terrible Onkelos se halla desbancado, y con su ruidoso descrédito ha ganado mucho el cuerpo sacerdotal. Yo me alegro por ello en el alma, y creo lo que he creído siempre, esto es, que para nada necesitábamos en este asunto, ni de los consejos, ni de las luces, ni de los trabajos de Onkelos. Hoy se ha visto lo que valia ese pavo real, que con tanta desfachatez y audacia pretendiera imponérsenos en todo.

— ¡Es verdad! — contestaron muchos á las palabras del hijo de Anás.

Este y su yerno se sonrieron con satisfaccion, y poco despues dijo notablemente complacido el viejo pontífice:

— Puesto que los hombres de quienes confiábamos han resultado inútiles, fuerza será que tomemos el asunto por nuestra cuenta, y no dudo que así obtendrá resultados mas seguros y rápidos de los que ha obtenido hasta aquí.

— Cuando nosotros teníamos fuerza é inteligencia suficiente para hacer condenar á Jesús, habrá parecido tal vez un solemne despropósito ir en busca de aliados que no necesitábamos, y que tan mal han respondido á nuestras es-

peranzas. De todos modos llamando á Onkelos hemos hecho bien, pues hemos llamado asimismo á nosotros, para solo este asunto, el partido de los fariseos,—observó Caifás en tono magistral y grave, cual si pretendiera escusar la aparente falta de haberse unido á Onkelos, que tanto mortificara antes el orgullo de los sacerdotes.

—Pero ¿á qué entretenernos en eso, señores, cuando estamos perdiendo un tiempo precioso? La noche adelanta, la aurora se aproxima, y nosotros estamos aun al empezar. Dejemos estos incidentes para mejor ocasion, y ocupémonos desde luego de lo principal.

Anás al decir estas últimas palabras pretendió indicar á sus compañeros que volvía á ser el hombre necesario en absoluto, la cabeza del Sanhedrin, el alma del tribunal de Israel.

Y como léjos de disputarle nadie la prerogativa y el derecho que reclamaba prácticamente, todos se apresuraron á concedérselo, Anás prosiguió:

—Es necesario que ante todo se le acuse de profanar el sagrado nombre del Señor: es necesario que se le acuse de predicar un Dios extraño al pueblo hebreo: es necesario que se le acuse de querer destruir esa gloria nacional que se llama templo, y que el mundo admira y envidia. Estos tres crímenes merecen la muerte, los dos primeros por estar consignado así en la ley del pueblo, y el tercero porque es un delito de lesa nacion.

—Pero ¿quién le acusa?—preguntó Alejandro.

—¿Tan difícil nos será hallar los correspondientes testigos?

—Bastante, en mi concepto, anciano pontífice, porque la gente ha escarmentado y teme.

—¿Y qué ha de temer? ¿Acaso no estaremos todos al

lado de los testigos para defenderles, y para impedir que Nicodemus haga ciertas preguntas?

—Esto, sin embargo, nos será difícil encontrar lo que apetecemos.

—Se comprarán esos hombres,—dijo Eleazar, que daba al dinero algo mas de valor del que el dinero tiene.

—¿Y pensais vos, Eleazar, que Onkelos no se ha visto precisado á comprar los testigos que hemos oido hasta aquí?

—¿Y no tenemos nosotros mas prestigio que todos los fariseos juntos, para que se haga fácilmente por el colegio sacerdotal, lo que no se haria por todas las escuelas farisáicas?

Esta observacion la hizo Caifás, y sin embargo de que callaron complacidos los sacerdotes á los cuales se dirigia, esto no obstante dejó algun escrúpulo en el pecho de algunos, que no estaban seguros como Caifás del prestigio sacerdotal entre el pueblo, pues muchos sabian que los israelitas denominaban á los sacerdotes *ídolos de plata y oro*.

Esto, sin embargo, como hemos dicho, callaron todos, ya dándose por convencidos merced á tan *suprema* razon, ya apareciendo que lo estaban.

Mientras tanto, Anás continuaba:

—¿Quién de vosotros irá en busca de los sugetos que se necesitan para atestiguar?

—Iré yo, contestó desde luego Eleazar.

—Pero tú no eres bastante. Alejandro,—añadió dirigiéndose al secretario,—entre los que con vos se vieron insultados en Betania, ¿no habrá uno tan solo que se preste á declarar contra el Nazareno?

Anás hizo intencionadamente semejante llamamiento al secretario, porque veia la dificultad de encontrar los testigos falsos, y creyó oportuno mortificar con semejante re-

cuerdo á Alejandro, para que de una ó de otra manera trajese algun desdichado, que se prestara á ser instrumento de los manejos del viejo pontífice.

Alejandro, procurando ocultar el despecho y la vergüenza que le dominaban, y temiendo perder el favor de Anás, contestó:

—Acaso sí, pero tal vez necesite algunas horas para encontrarlos y disponerlos.

—Si vos quereis, no necesitais tanto tiempo, amigo mio; por otra parte la cosa debe ser rápida, y creo que no rehusaréis hacer á la patria y á la religion tan grande é importante servicio.

—Ya sabeis, anciano pontífice, que estoy dispuesto á sacrificar vida y alma por los dos objetos que acabais de nombrar.

—Por eso mismo me he dirigido á vos con preferencia á otros, pues creo que el encargo que os acabo de hacer os honra mucho, y ya sabeis cuánto me complazco en honrar á mis amigos.

—Pues eso es una honra que yo no estimo para nada, y que hubiera preferido no me hicierais, zorro viejo, —dijo para sus adentros Alejandro, mohino y mortificado en extremo por las palabras de Anás.

Y luego alzando la voz continuó:

—¿Y cuántos hombres se necesitan?

—Yo acompañaré dos por lo menos, —apresuróse á decir Eleazar.

—Pues bien; —respondió el viejo pontífice á Alejandro, —basta que conduzcais otros dos, amigo mio, pero os encargo que sea gente resuelta á todo.

—Procuraré complaceros.

El secretario despues de haber dicho esto, salió apresu-

radamente del salon en busca de los dos falsos testigos, maldiciendo cordialmente la hora en que fué á Betania, el empeño de sus compañeros en sacerdocio, y particularmente al viejo Anás.

—¿Dónde, —se decia, —dónde encontraré yo esos dos hombres? ¡Cómo si fuera tan fácil en Israel hallar quien se preste á acusar falsamente, á uno de los hijos del pueblo escogido! ¡Maldito sea Anás; maldito sea!

Eleazar salió tambien apresuradamente en busca de los hombres que se comprometia á traer, y aun cuando lo hizo á despecho de su padre, toda vez que este no queria que sus hijos jugaran un papel tan odioso y repugnante, esto sin embargo, Eleazar iba muy satisfecho y complacido, puesto que á su parecer era aquella cuestion de altísima honra y crédito.

Mientras tanto Caifás decia á su suegro:

—Bien podíais encargar, padre mio, á Alejandro que trajese cuatro testigos en vez de dos, ya que intentais que se acuse al Nazareno de tres crímenes distintos. Ahora nos faltarán dos hombres.

—No faltarán, Caifás, porque esos dos hombres los tengo prevenidos ya.

—¿Cuáles son?

—¿No ves á Ananías y Achazías, que esperan con ansia el que pensemos en ellos para el desempeño de un asunto tan delicado? Onkelos les instruyó, y yo no pretendo quitarles la grande honra que les ha de sobrevenir por su acusacion.

Ananías y Achazías se hallaban presentes, y no recibieron por cierto con mucha alegría las palabras que para lisonjearles les dirigia Anás.

—Es que nosotros somos jueces de Israel, y no es legal

el papel de testigo acusador y de juez, — le contestaron á una.

—Y decidme en confianza, — observó el pontífice bajando la voz, — ¿creéis que en esta causa son aceptables todos los procedimientos legales? El asunto es tan delicado, que por mas que algunos rabinos digan, se hace preciso interpretar la ley.

—De todos modos, dijo Ananías, — yo preferiria evitarme el disgusto de acusar á un israelita. Esto es cosa que repugna siempre á los hombres bien nacidos.

—Y yo tambien, — añadió Achazías.

—No sé cómo esplicarme los escrúpulos que de improviso os han asaltado. Habeis dado pasos contra el Nazareno, cien veces mas espuestos que el que os propongo, y no he notado nunca en vosotros ni la menor sombra de miedo; ¿á qué viene pues ahora rehusar un papel que aceptásteis con agrado de las manos de Onkelos? ¿Acaso era para vosotros mas aceptable entonces por ofrecérselo el fariseo, que no lo es ahora que os lo ofrece vuestro anciano amigo y compañero en sacerdocio?

—Léjos de ello, — repuso Achazías; — si lo hemos aceptado de las manos de Onkelos, es solo porque lo propusisteis vosotros.

—¿Entonces lo aceptásteis y lo rehusais ahora? ¿Es acaso porque os inspiraban mas confianza las indicaciones de Onkelos, para salir airosos en el desempeño de vuestro cometido?

—Tampoco es eso, toda vez que guardamos las instrucciones que el fariseo nos ha dado, — contestóle Achazías.

—Entonces, pues, no sé dar con la causa de la repugnancia que demostrais, y creed que acabo de recibir un desencanto muy grande en lo que toca á vosotros. Estaba

seguro de vuestra adhesion incondicional; contaba con vosotros como se cuenta con un arma indefectible, ¡y ya veis cómo me he engañado! ¡Nunca se es bastante previsor en este mundo; nunca un hombre puede llegar á conocer perfectamente á otro hombre! ¡Me he engañado!

Anás hallábase bastante contrariado por la repugnancia que Ananías y Achazías demostraban á testificar en falso, pero la contrariedad del viejo sacerdote no era tan poderosa, como se deducia por las palabras que de dirigir acababa á los dos miserables y cínicos sacerdotes. El amargo y aparente sentimiento con que se quejara de su imprevision y de la dificultad de conocer á los hombres, no era mas que un arma esgrimida con acierto, para ver si conseguia rendirles y sujetarles á su voluntad. Para ello contaba con las promesas lisonjeras que les hiciera en otro tiempo, promesas vagas, que nuestros lectores recordarán, y que al parecer iban á escaparse de las manos de Ananías y Achazías.

Anás se engañó; sus latentes amenazas no produjeron en aquellos á quienes se dirigian, el efecto que el viejo sacerdote esperaba, y sin haberles logrado vencer, Ananías y Achazías apartáronse del grupo formado por Anás, Caifás y otros.

El anciano sacerdote mirándoles ausentarse indiferentes, dijo:

—Todos mis esfuerzos han sido inútiles, y sin embargo les necesito tanto, que se hace preciso atraerlos á toda costa á mi idea.

Y cambió con Caifás una mirada de inteligencia, mirada que fue perfectamente comprendida por el sumo sacerdote, toda vez que se separó del corro, y fué con aparente des-cuido en busca de los dos que acababan de ausentarse, resueltos á no deponer en contra del divino Cristo.

Tan súbita mutacion en la conducta y propósitos de los malvados y cínicos Ananías y Achazías, chocará tal vez á nuestros amables lectores, pero como mas abajo hallarán una razonable y conveniente esplicacion de ella, nos abstendremos de continuarla aquí, para que no parezca á su tiempo una repeticion.

No bien hubiéronse apartado del corro, cruzaron á paso lento dos ó tres veces la sala, para demostrar que no huian, y ya iban á entrar de nuevo en la habitacion donde Jesucristo se hallaba rodeado de José de Arimatea y de Nicodemus, cuando Caifás penetrando sus intentos les salió al paso, diciéndoles en tono de la mas completa confianza:

— Pero bien, decidme; ¿qué causa puede motivar vuestra estraña resolucion? Mi suegro se halla por ella profundamente preocupado, y piensa tal vez haberos ofendido.

— Anás no nos ha ofendido nunca.

— Lo creo así, pero dificilmente se le dará á entender á él, mientras no le demostreis lo contrario variando de conducta.

— Eso que nos pedís nos es del todo imposible.

— Pero ¿por qué? Podeis hablar con franqueza á un amigo, á un compañero, que se halla dispuesto á trabajar de una manera incansable, para que se os premien los eminentes servicios que á la religion y á la patria habeis prestado.

— Nosotros nos hallamos dispuestos á hacerlo todo por la religion y por la patria, pero entendedlo bien, todo lo que podamos hacer sin que resulte perjudicada nuestra reputacion y nuestra honra.

— No os comprendo, si no es que querais dar á entender que en el servicio que de vosotros se esperaba, peligran vuestro honor y vuestra reputacion.

— Pues bien, Caifás, así es: — dijéronle Ananías y Achazías á una.

— Permitid que me estrañe de vuestra singular apreciacion.

— Nosotros, — continuó Achazías, — no hemos vacilado en arriesgar nuestra vida para servir á la patria, procurando espiar y tentar al Nazareno; entonces suponíamos que en caso de morir á manos de la turba que acompañaba á *ese hombre*, nuestro honor y reputacion no perecerian, pero ahora ya es diferente.

— ¿Y por qué? preguntóles Caifás, demostrando una estrañeza que sin duda era natural, pues las palabras de Achazías se le hacian incomprensibles, como les sucederá sin duda á muchos de nuestros lectores. El escrúpulo de los dos cínicos y malvados sacerdotes era verdaderamente singular; era uno de esos escrúpulos que descubren el estado de embrutecimiento á que conduce el crimen, y que hacen memorables á los criminales por su cinismo. Era en fin una antinomia del crimen.

— Nos preguntais el por qué de nuestra conducta, y yo á mi vez estraño vuestra pregunta, Caifás, — dijo Ananías con tono grave.

— Esplicaos, os ruego, porque os aseguro que hablo con toda formalidad. Acaso oidas vuestras esplicaciones, haya algun medio razonable de arreglarlo todo, de desvanecer vuestros escrúpulos y vuestros temores.

— Permitid que antes os pregunte la causa que os obliga á dirigiros á nosotros, con preferencia á otros dos, — preguntó unõ de los dos miserables compañeros de crimen.

— Esa causa es tan honrosa para vosotros, como no hay otra, y estriba en tres poderosas razones.

— ¿Seria una imprudencia preguntaros cuáles son?

— De ningun modo. Las tres razones que nos han decidido porque seais vosotros dos, son las siguientes: La primera el que fuisteis vosotros los agentes provocadores, que tiempo atrás mandamos al Nazareno, á fin de tener dos testigos de mucha importancia y autoridad en contra del sedicioso; bajo este concepto no existe nadie mas autorizado que vosotros para acusar á *ese hombre*, toda vez que el Sanhedrin os delegó para espiar sus actos y tomar nota de sus palabras. La segunda es que esta misma noche os habeis ardentemente ofrecido para deponer un testimonio de acusacion contra el Nazareno, y para muchos que conocen la resolucion que teniais hecha, será cosa muy estraña ver como os pronunciáis en retirada, que por algunos merecerá el calificativo de vergonzosa, puesto que no estarán al tanto de las poderosas razones que pueden motivar vuestra estraña resolucion. La tercera y última es, que no creemos haya en el Sanhedrin sugetos mas adictos á la causa de los sacerdotes, y como mi suegro y yo buscamos manifiesta ocasion para premiar los servicios que en este particular habeis prestado á la patria, esperábamos que vuestras declaraciones se hicieran públicas, esperábamos que se notara por todos, que si el Nazareno se veia justamente condenado, era ante todo por vuestras acusaciones. En tal circunstancia, el premio que os señalábamos debia indudablemente merecer el aplauso unánime de todos. Ya conoceis, pues, las razones de nuestra insistencia, y por lo tanto no creo nos querais dar un desaire, dejándome de revelar las que teneis, para negaros á formular la acusacion contra el Nazareno.

Los dos testigos miráronse con indecision, como preguntándose mutuamente qué era lo que debian hacer y de-

cir. Sin duda debieron llegar á un acuerdo por medio de aquellas miradas, pues por fin Ananías dijo á Caifás:

— Nobleza obliga, gran pontífice. Acabais de esponernos las razones que os han obligado á decidiros por nosotros dos, y no seré yo, por consiguiente, el que rehuse daros las que nos asisten para abstenernos de formular la acusacion que pretendéis.

— Espero con impaciencia conocerlas.

— Pues bien; ya veis el éxito que han tenido todas las deposiciones presentadas hasta aquí, y semejante éxito nos hace augurar el que merecerán las que en adelante se presenten. En consecuencia, ni nuestro honor, ni nuestra particular seguridad pueden consentirnos el mezclarnos en este asunto. Ya os hemos dicho anticipadamente, que si se tratara tan solo de nuestra vida no vacilaríamos, pero se trata de nuestra reputacion, y esto ya es otra cosa.

— ¿Y no teneis otras razones para denegaros á deponer contra el Nazareno?

— No.

— De manera, — continuó Caifás, — que si vierais salvadas esas dificultades...

— Entonces depondríamos lo que quisierais contra el Nazareno, — dijo Achazías al pontífice, interrumpiéndole.

Caifás sonrió lleno de satisfaccion, y dijo:

— Pues bien, el asunto está arreglado, y se zanjarán todas las dificultades que os intimidan.

— Pero no ha de ser como quiera, sino de un modo absolutamente seguro.

— Cuando jugamos no solo nuestra vida, sino tambien hasta nuestra honra en este asunto, tenemos derecho á exigir de nuestra parte garantías positivas de seguridad, —

añadió Ananías, como para corroborar la exigencia que acababa de hacer su compañero.

— Mi venerable suegro y yo ¿no os podemos acaso ofrecer tantas garantías, por lo menos, como Onkelos os ofrecía? — preguntóles Caifás con algo de despecho, viendo la desconfianza de los dos malvados compañeros.

— Sin duda alguna que nos podeis ofrecer muchas mas, porque de no creerlo así, nosotros no accederíamos á vuestras pretensiones, — respondióle Ananías.

— Por otra parte, ¿creeis, gran pontífice, que en vista del desacierto que ha tenido Onkelos en la eleccion de los asuntos, nos hubiéramos prestado á declarar? ¿Creeis que estimamos la vida y la honra de nuestros hijos en tan poco? — añadió el cínico Achazías, dando al traste con toda ficcion y con todo respeto.

— ¡Vuestra vida! ¿Y en qué peligra? — preguntóles Caifás con estrañeza.

— ¿Acaso desconoceis, Caifás, las leyes que castigan en Israel á los testigos acusadores, cuyas deposiciones resultan falsas?

— ¿Y quién, decidme, quién ha de condenar á los testigos que Onkelos ha presentado? — observó Caifás sonriendo.

Y luego prosiguió:

— No serémos nosotros, por cierto.

— Estamos con vos, porque el Sanhedrin cometeria una grande injusticia si lo hiciera; pero y Pilatos, que sabe nuestras leyes, y que en los asuntos que no tienen relacion con los intereses de Roma, ¿juzga y condena conforme al espíritu de nuestras leyes?

— ¿Y quién referirá á Pilatos nada de lo que ha sucedido aquí? — dijo Caifás.

— ¿Y quién os asegura que no tenga el Pretor comprado alguno de los jueces, á fin de saber todo lo que hacemos y decimos? — repuso Achazías, que en eso de preveer el mal que podia recaer sobre él era prudentísimo, con la prudencia de los malvados.

Caifás quedóse pensativo, y meditando las palabras de su compañero: tal vez pensaba si tendria razón.

Poco despues dijo:

— Me convenzo de que no os falta razon. De todas maneras, si teneis confianza en Anás y en mí, os ofrecerémos todas las seguridades que podais apetecer, y os protegerémos decididamente, si es que Nicodemus desea preguntaros, y el Nasi no tiene fuerza para evitarlo.

— Con esa proteccion decidida harémos lo que querais, — respondieron á coro los dos malvados compañeros.

— Venid conmigo pues. Será preciso que os pongais de acuerdo con mi querido suegro, que es el que ahora dirige este asunto, como ya sabeis.

Ananías y Achazías siguieron al maldito pontífice, que se encaminaba al lugar donde Anás estaba, triunfante y orgulloso cual si acabara de ganar una batalla, cual si acabara de salvar la nacion de Israel en masa.

— Todo está arreglado, — dijo con satisfaccion á su suegro, — falta tan solo ya que os pongais de comun acuerdo.

Anás sonrió de contento, dió dos apretones de mano á los testigos, y llevándoselos á parte, estuvo conferenciando con ellos por un buen rato. Despues unos y otros se separaron complacidos, lo que era un indicio cierto de que se habian entendido.

Pero tal vez nos pregunte el lector, ¿de qué hablaron aquellos tres miserables? Esta será cosa que sabrémos mas tarde, cuando les veamos deponer en contra del divino

Salvador del mundo. Mientras tanto tornemos al grupo en que se hallaba Caifás, puesto que en él se ha introducido otro personaje, que con grandes aspavientos, con irritados ademanes, y con voz ronca por el furor, y amenazadora como las tempestades que promueven las pasiones en el alma, hablaba palabras de las cuales será bueno enterarnos.

Bastará que por todo detalle digamos á nuestros lectores que el tal personaje era Onkelos, y que acababa de salir del salon, donde se cebara en Cristo, y del cual habia sido arrojado por el noble y animoso Nicodemus.

Onkelos, pues, dirigiéndose á Caifás con gestos nada pacíficos, decia :

— Me habeis hecho traicion, gran pontífice, y no se pisotea impunemente la honra de un fariseo, levantada con grandes trabajos y con muchos años de estudio.

— ¡Traicion! — dijo Caifás aparentando la calma que aparenta el gato cuando tiene en su poder el raton, y no teme que se le escape.

— Sí; me habeis puesto terriblemente en ridículo, y esa es una cosa que no perdona nunca un buen israelita.

— Me inspirais lástima, Onkelos, porque veo que la desgracia que habeis tenido en la eleccion de asuntos, ha trastornado del todo vuestras facultades. No esperéis, pues, que me dé por ofendido con las apasionadas frases que me dirigís, toda vez que yo poniéndome en vuestro lugar, creo que me sucederia lo mismo que os sucede á vos. De todas maneras, permitid que os diga que sois muy injusto conmigo.

— ¡Injusto! — murmuró Onkelos con bronco y terrible acento.

— Sí, injusto bajo muchos conceptos, — replicó Caifás,

que se complacia cebándose en el fariseo. — En primer lugar yo no he convenido nada con vos, para que me tacheis de injusto por lo que os ha sucedido; luego despues yo no he intervenido en nada ni para nada, en el terrible chasco que os habeis llevado; en tercer lugar debo deciros que el Sanhedrin tenia derecho á esperar de vos otra cosa de lo que ha sucedido, y finalmente, para demostraros cuán grande es vuestra injusticia para conmigo, debo deciros que he sentido en el alma el fiasco que vuestros testigos os han hecho. Ya veis por cuántos conceptos sois injusto conmigo.

Chispas de fuego abrasador y no miradas, eran las que brotaban de los ojos del fariseo al oír lo que Caifás estaba echándole en cará. Lo que hacia el pontífice sumo no era mas que cebarse desvergonzadamente en Onkelos, no era mas que gozarse en la derrota de un temible enemigo, no era mas que echar leña al fuego en que ardía el vengativo corazon del discípulo de Hillel; en una palabra, era fijar mas ostensiblemente la humillacion del irritado fariseo.

Todo esto lo vió Onkelos, pues tenia bastante talento para verlo, así es que su enojo creció de punto, hasta el extremo de no poder cási hablar, pues tanta era la rabia que le devoraba.

Poco despues gritó :

— Con qué, ¿vos habeis sentido profundamente la gran vergüenza que acabo de correr? Yo os agradezco vuestro buen afecto, y para premiároslo en lo que me sea posible, os anuncio que pretendo arrancar algunas máscaras, para que el rostro de muchos tenga la felicidad de ver el sol, y la facilidad de ser contemplado por los hombres. El dia de hoy ha marcado un período terrible para mí, y deseo que no sea solo en la vergüenza y en la humillacion, toda vez

que no he sido solo tampoco en la prosperidad y en el aprecio.

—Hareis perfectamente, Onkelos, hareis perfectamente: creo que vuestro servicio será uno de los mayores que podeis prestar á la patria, despues del que le habeis prestado en la causa del Nazareno.

Aquello era ya imposible de resistir. El semblante de Onkelos tornóse amoratado, sus puños se cerraron convulsivamente, crispáronse sus nervios, rechinaron sus dientes, y un sudor ponzoñoso mojaba su arrugada y enrojecida frente. El fariseo parecia en aquel momento que iba á enloquecer, y tan pavoroso y amenazador debia ser su aspecto, que Caifás retrocedió instintivamente algunos pasos.

Onkelos sonrió entonces con una sonrisa desgarradora, amenazante, terrible, que hizo temblar al pontífice, y con voz llena de pavorosa calma dijo:

—No retrocedas, pontífice, porque no es esta la hora en que debo arrancarte la careta. Ya llegará tu dia, como ha llegado el de Onkelos; de todas maneras sabe que aun soy para tí y para los necios tus compañeros, el espectro del miedo; de todas maneras no olvides que Onkelos es para tí un enemigo formidable, aun cuando le hayas pretendido humillar tanto.

—Enemigo mio no lo es. Yo le aprecio en el alma, y le compadezco mucho, porque lo que hoy le ha sucedido no lo merecia.

—Soy tan enemigo tuyo como del Nazareno, Caifás; no pretendas engañarme con palabras melosas, porque no has de conseguir tu intento, sino que, léjos de ello, he de leer á través de tus palabras el miedo que te hace temblar. Enemigo tuyo soy, y enemigo implacable; depondré todos mis odios hasta el momento de ver enclavado en una cruz al

Nzareno, y entonces, Caifás, gran pontífice, entonces sabrás tú, y contigo lo sabrán todos tus necios instrumentos, que Onkelos es un enemigo formidable, que Onkelos no perdona nunca, y en fin, que habrá para Onkelos llegado la hora de la venganza implacable.

—¡Pero Señor!—esclamó Caifás medio aterrorizado por las amenazas de Onkelos, y queriendo por otra parte fingir una tranquilidad que no sentia.—¿En qué habré ofendido yo á ese hombre, para merecer sus iras?

—Gato marrullero, que despues de haber arañado ocultas las uñas cuidadosamente; hace bastante tiempo que nos conocemos. Engañarás á los satélites, que hambrientos de honores y llenos de ambicion te rodean, pero no lograrás engañarme á mí que he descubierto todas tus mañas. Hoy has pretendido desembarazarte de Onkelos, porque su prestigio te hacia sombra y te daba miedo, pero te advierto que solo has conseguido despertar la fiera que dormia. Te encargo que lo digas á tu suegro, á ese ambicioso que el dia que no podrá asumir el monopolio del poder morirá de desesperacion y de rabia; te encargo que lo digas al necio Eleazar y á sus cuatro hermanos, cuyas célebres cabezas solo pueden brillar al lado tuyo, porque son un apéndice á su padre, y un complemento á tí; te encargo que lo digas á los ídolos de plata y oro, que son los *dignos y brillantes* destellos de vuestra gloria; te encargo, en fin, que lo digas á todos tus partidarios, á todos los que quisieran oírte de grado, y á los que se vean en la precision de escucharte por fuerza... Sí, sí; no te olvides de referir á todo el mundo, que Onkelos ha resuelto arrancar la máscara hipócrita que cubre la repulsiva hediondez de tu rostro, y aun la mas repulsiva de tu alma. Eres poderoso y tambien lo soy yo; verémos quien vencerá. Por de pronto te ad-

vierto que no pienses intimidarme como al infeliz Gamaliel.

Esta alusion del furioso Onkelos hizo palidecer á Caifás. El sacerdote presumió que Onkelos sabia la historia del sicario que mandara al Nasi, y al presumirlo se equivocaba. El fariseo solo deducia que algun oculto misterio debia encerrarse en la estraña conducta de Gamaliel, y al considerarle tan obediente á las insinuaciones de los pontífices, supuso que estos no se hallaban agenos del todo á aquel misterio, que aunque sin conocerlo entreveia.

La palidez súbita de Caifás vino á confirmar á Onkelos en lo que sospechaba; vino á darle una seguridad de lo que temia, y el fariseo pensó aprovecharse de esta circunstancia para cuando conviniera.

—Sí; no debes pensar intimidarme como al Nasi, porque no soy tan pacífico como Gamaliel. Cuenta con este detalle, Caifás; cuenta con este detalle!

Esto lo decia Onkelos devorando con la mirada á su enemigo. Caifás por su parte, entre confuso y despechado, no sabia dar con el secreto de serenarse, y su turbacion poníale en evidencia de una manera patente.

Por fin pudo decir, pretendiendo hacer vagar por sus labios una sonrisa, que en vano se afanaba por aparecer:

—¡Pero Señor! ¿por qué ha de atribuirme ese hombre una culpa de que me hallo limpio?

—¿Quién la tiene pues?—preguntóle el despechado fariseo con aterradora calma.

—Nicodemus la tendrá en todo caso.

—¡Nicodemus!... Á ese le odio hasta el extremo, que no solo le deseo la muerte corporal mas horrible, sino tambien la muerte eterna, perpétua, sin fin, inagotable, infinita, incalculable hasta para el mismo Jehová. Mira tú si le deseo

males sin cuento; pero es preciso hacerle justicia; Nicodemus ha hecho lo que hace un enemigo franco y leal. No está con nosotros, y lo dice sin embozo, sin que podamos esperar de él mas que una guerra implacable, pero guerra noble y leal como he dicho. No, no es Nicodemus, Caifás, sino tú el que tiene la culpa de la humillacion que hoy he recibido.

—¡Dale conmigo siempre! ¡Cuidado que es tema el vuestro!... Preciso es que me odieis mucho, para hacerme héroe de un drama en el que estoy por decir aun una palabra... Si os empeñais en verme á mí en este asunto, y no en culpar en todo caso á vuestro amigo Gamaliel, yo no puedo hacer otra cosa que encojerme resignadamente de hombros, y esperar con los brazos cruzados la esplosion de vuestra ira, que amenaza mi inocencia.

—No es Gamaliel, no, pontífice; sois vos, es vuestro suegro, los que os habeis complacido en pisotear mi honra, porque yo os espantaba. Ya os he dicho otra vez que sois un gato que despues de arañar oculta las uñas, y os repito que hallándome dispuesto á desenmascararos, no esperéis acobardarme como al Nasi.

Otra vez Caifás palideció, y Onkelos aprovechando esta circunstancia, acercóse mas al pontífice, y con voz reconcentrada y cási baja le dijo:

—La fama de Onkelos debe reponerse esta misma noche. Yo quiero hacer el discurso de acusacion fiscal, y vos, gran pontífice, vos estaréis á mi lado; vos me facilitaréis la ocasion. Así lo ordeno.

Onkelos se separó del grupo con desden y en ademan amenazador. Caifás sintió un estremecimiento general por todo su cuerpo, y mirando á su enemigo, dijo en su interior:

—¡Que no tenga en mi mano una muerte repentina para enyiarle!...

Y luego levantando la voz, y cual si se doliera del estado de Onkelos, dijo á sus absortos compañeros:

—¡Cómo ha de ser! Onkelos está desatinado y con razon. Un hombre como él aprecia en mas su fama que su vida. Será preciso complacerle en lo de la acusacion fiscal, puesto que de esta manera no dudo que levantará su crédito abatido.

Y dejando la compañía de sus seides, dirigióse al punto donde Anás se hallaba, instruyendo á los nuevos falsos testigos, que Alejandro y Eleazar acababan de conducir allí.

Caifás habló un instante por lo bajo á su suegro. Solo una palabra pudo entenderse, por ser muchas veces repetida. Esta palabra impresionó bastante á Anás, que mirando á Onkelos dijo:

—¡Ese hombre es una furia infernal!... Será preciso darle gusto, hasta que se nos brinde la ocasion propicia de aprisionarle y hacerle para siempre enmudecer.

## CAPITULO XV.

En el patio.

Dejemos por breves momentos á Jesucristo en poder de sus enemigos, y descendamos al patio de la casa, porque allí se representa tambien una escena, mas dolorosa tal vez para el Salvador, que la que se representaba en el piso principal del palacio del pontífice.

Y hemos dicho *mas dolorosa tal vez para el Salvador,*

porque en esta escena era el protagonista aquel discípulo tan favorecido, aquel Apóstol amado, que pocas horas antes dijera á su divino Maestro, que primero moriria antes que negarle.

¡Ay! ¡cuán triste habia de ser verse perseguido por unos implacables enemigos, y mirarse abandonado hasta por aquellos seres á quienes colmara de bendiciones y de favores, y con quienes viviera por el espacio de mas de tres años, la vida íntima y confidencial de la familia! Para el Hombre de los dolores no habia un consuelo en este mundo: donde quiera que volvia la cabeza solo hallaba enemigos que se ensañaban bárbaramente en él, ó amigos que en la hora del dolor mostrábanse cobardes y le abandonaban; y si por acaso su vista ensangrentada miraba en torno suyo algunas personas fieles, y si por acaso su consideracion apenada consideraba adictas fielmente á su causa algunas pobres y desvalidas mujeres, veia siempre para aumentar el cúmulo de sus dolores, que los primeros hallábanse seriamente amenazados, y que las segundas gemian desmayadas en brazos de la afliccion mas intensa. Alguna flor que aparece en invierno nos hace olvidar por momentos la rigurosa estacion de los hielos, pero á Jesucristo no iba á consolarle nada, absolutamente nada; todo aumentaba la pasmosa grandeza, la infinita estension de su dolor. Estaba escrito que no habia de hallar consuelo en parte alguna, y en efecto, no existia para él ni en el cielo ni en la tierra. Debia apurar gota á gota la inmensa copa de los dolores morales y materiales; debia decir á los hombres redimidos:

—Yo solo he apurado la inmensidad del dolor, y no seré imitado por ningun hombre. Solo mi naturaleza divina, animada por la incalculable fuerza de mi amor, podia obrar